

Nombre del autor del tema

Ricardo Rojas

Transcripción hecha por

Aurora Cañas maestra de II° Grado del turno de la tarde

Leyenda del país de la Selva: Racuy

Vive en la selva un pájaro nocturno que, al romper el silencio de las sombras, estremece el alma con su lígubre canto. Esa ave tiene una historia. Es la tragedia de su origen lo que evoca con su grito lastimero, ajeando entre las arboledas fúnebres: ¡Turay!... ¡turay!... ¡turay!

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba un rancho en las selvas. El era bueno; ella era cruel. Amabala el como pidiéndole ventura para sus horas huirfanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad. Desesperado, abandonaba él en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y ella amainaba en el aislamiento sus iras, hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Mientras vagaba por la selva, el buen hermano buscaba en la hermana, y, perdonándola siempre, llevábale al rancho los Algarrobos más gordos, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas. Saigne buscador de mieles, nadie tenía más despertos ojos para seguir a la abeja voladora que lo llevaba a su colmena. La de la ashpa-mishqui escondida en el suelo, en un color enjambrada; la del tui-semi y la de cayanes o de queyas fabricada en el tronco de los más duros arboles... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus pequeñas.

Volvió él una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa; pues como reinaba la sequía estaban ferosos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, por que al pretender agarrar una perdiz boba da a laves y caída entre unas matas, pinchóle el uturuncu. huakachina, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restaurarse los harpionagos. Erao ella ambas cosas; más en lugar de servirselas, derramó en su presencia en el suelo la botijilla de agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura. Pero como al día siguiente le volcara también la ollita donde se cocinaba el loco, desesperado resolvió vengarse. Enabriendo en

invitación sus deseos de venganza, invitóla para que le acompañase a un sitio no lejano. El árbol un árbol del bosque, era sin embargo de gigantesca talla. Sobre la horquilla más alta hizo pasar su lazo, y lo fijó en un extremo a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho en defensa del enjambre, ya alborotado por la maniobra. Girando al otro extremo, a manera de corredera palanca, la soltó en el aire hasta llegar a la copa, y cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hacuyos mientras bajaba en realidad. Soltó después el lazo y huyó sigilosamente... Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló... nadie respondía... Como empezara a temer, soltó la mantá que la tapaba, diciendo apenas una sencilla palabra para espigar.

El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y trompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio; ¿qué podía ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Pega de honor y de coraje se desembozó de súbito así la acritilla ran las moro-moro; al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó. ¡Sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo, sin otras ramas que esas a las cuales se aferraban sus manos prietas en constricción de mudo, espiala para ver si su hermano reaparecía por ahí.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. Desde su atalaya, la pobre huérfana había podido por primera vez, contemplar sobre el panorama de la selva la inmensidad de los horizontes, y la sucesión de las copas verdes que se unían formando oscuro océano enroscado de gigantescas ondas olas. El sol hundiendo tras de los árboles la imbrasión, más soberbio que nunca, iluminando el enorme como del bosque con su claridad apacible... Nunca se le mostró más favorable el cielo y más callada la brisa.

Vieronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio de un solo grito.

Giraba como si el ábrigo la agotase con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables recordamientos.

Los pies en el esfuerzo anímico con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho, la nariz y las uñas se enroscaban, y los brazos, abiertos en agónica distensión, empalmeaban desde los hombros a las manos.

Disnea asfixiante la estranguló, y al, ² verse de pronto convertida en ave nocturna
un ímpetu de volar arrancóla del árbol y la arrojó a las sombras.

Allí nació el kacuy. La pena rompió en su garganta llamando aquel hermano
justiciero. Y el grito de contrición de esa mujer convertida en ave, resuena aún
y resonará siempre sobre la noche de los bosques natales: ¡Kuray!... ¡turay!... ¡üray!...

Jurora Cantús